



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Las multitudes argentinas: los límites del análisis positivista en la obra de José María Ramos Mejía

Autor: Privitellio, Luciano de

Forma sugerida de citar: Privitellio, L. de(1996). Las multitudes argentinas: los límites del análisis positivista en la obra de José María Ramos Mejía. *Cuadernos Americanos*, 2(56), 87-109.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año X, núm. 56, (marzo-abril de 1996).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Exécepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial- Sin derivados 4.0 Internacional (CCBY-NC-ND 4.0Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by/-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin Derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

LAS MULTITUDES ARGENTINAS: LOS LÍMITES DEL ANÁLISIS POSITIVISTA EN LA OBRA DE JOSÉ MARÍA RAMOS MEJÍA

Por Luciano DE PRIVITELLIO
PEHESA, UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

La campaña de los ejércitos libertadores es uno de los episodios más bellos de la gran guerra: es un drama de la escuela impresionista, un cuadro con colores excesivos de Fortuny y de las extravagancias vesánicas de los aguafuertes de Goya.

Las multitudes argentinas (1899)

CUANDO EL SIGLO XIX llega a su fin, José María Ramos Mejía publica en forma independiente la extensa introducción de lo que a la larga sería *Rosas y su tiempo*, su máxima obra historiográfica. El trabajo, al que titula *Las multitudes argentinas*,¹ ha sido leído siguiendo una clave previsible: la sociedad de masas y su correlato político, la democracia, impulsa a los intelectuales a dirigir su atención hacia los actores colectivos de la sociedad y, en el conjunto de miradas posibles, Ramos Mejía encuentra en un positivismo largamente cultivado la herramienta capaz de hacer inteligible este fenómeno.² Sin embargo, en cuanto se accede a sus páginas, *Las multitudes* se presenta como un texto extraño y profundamente contradictorio: bajo el manto casi ritual de los tópicos y las certidumbres positivistas se oculta una serie de interrogantes fundamentales sobre el destino de la Argentina finisecular que no parece encontrar respuestas en el rígido marco de la ciencia positiva.

¹ Se utiliza la edición de 1956 de la Editorial Tor. Cada una de las citas es seguida por el número de página correspondiente a esta edición.

² Entre los textos sobre Ramos Mejía que leen su obra en esta clave, Halperín Donghi (1954), Terán (1986), Clementi (1985), Ricaurte Soler (1968).

En el prefacio de la obra Ramos Mejía declara que, dado que su objetivo fundamental es —refiriéndose al gobierno de Juan Manuel de Rosas (1835-1852)— “conocer a fondo la tiranía”, resulta absolutamente necesario “estudiar las muchedumbres de donde salió” (p. 5). Recurriendo al típico argumento que mixtura organicismo y evolucionismo, adelanta que su método consistirá en analizar a estas multitudes “de cuerpo entero... desde que se delinear en la colonia y el virreinato hasta nuestros días, que cobran un nuevo aspecto”; el punto de llegada de esta evolución “es la razón de los capítulos finales, complemento necesario para conseguir la impresión del conjunto” (p. 5). Sin embargo, los dos capítulos finales, dedicados al estudio de su realidad contemporánea, contradicen esta declaración de intenciones: lejos de ser el simple complemento de una línea argumentativa que encuentra en la tiranía rosista (o tal vez antes) sus instrumentos de comprensión analíticos y sus principios de desarrollo histórico, es en ellos donde se elaboran las claves que estructuran los interrogantes, los valores y las respuestas que van tramando su lectura del pasado.³ Esta operación, nunca asumida como tal, instala en el texto (en la narración del presente y del pasado) una serie de tensiones y ambigüedades derivadas de las inquietudes de Ramos Mejía ante la situación que lo rodea. Nos coloca, además, ante una evidencia que provoca perplejidad: si el presente organiza la mirada sobre la historia argentina, es precisamente en este presente donde la multitud, objeto fundamental del estudio, está ausente. Invirtiendo la tesis (y las preocupaciones) de *Le Bon* —su referente europeo— para Ramos Mejía “la era de las multitudes”, cierta en el pasado argentino, no parece ser la característica de los años que le toca vivir.⁴ Mientras que la perspectiva organicista y evolucionista asumida a viva voz, junto a la mención explícita de la influencia de *Le Bon*, parecerían corroborar la hipótesis de que los interrogantes de Ramos Mejía tienen

³ Esta afirmación no debe entenderse como una constatación del hecho tantas veces repetido de que toda obra de historia es un trabajo sobre el presente, sino como la constatación de una operación interna al texto que estructura toda su argumentación.

⁴ En el prólogo de su obra, *Le Bon* (1911) afirma que “Las muchedumbres organizadas han representado siempre un papel importante en la vida de los pueblos; pero este papel nunca ha sido tan importante como lo es en la actualidad”. Ramos Mejía, por su parte, asegura que “Propiamente hablando, no hay ahora en nuestro escenario político espontánea formación de multitudes... A ese respecto hemos retrocedido a la época del grupo nuevamente” (p. 201).

su origen en la presencia hacia fines del siglo de una multitud ya madura (cuya infancia y juventud se iría a descubrir en el pasado), sorpresivamente el texto defrauda esta expectativa. Sus preguntas surgen, entonces, de la inconformidad por una ausencia y no de la preocupación (o el temor) por una presencia.

En un extenso comentario bibliográfico aparecido en el mismo año de edición del texto, José Ingenieros (1899) resalta su falta de rigor científico: la crítica tal vez pueda ser válida, pero lo que el entonces joven y entusiasta adherente al positivismo no podía advertir es que justamente lo que él ve como falla es lo que hace de la obra un trabajo interesante para una lectura menos inmediata y contemporánea que la suya. Las ambigüedades, las incongruencias, los quiebres y los desplazamientos pueden responder en parte a una escritura apresurada; pero su importancia radica en el modo en que desnudan las inquietudes de un intelectual que encuentra en reiteradas ocasiones un límite a la posibilidad de dar cuenta de sus preocupaciones a partir del uso exclusivo de los rígidos moldes de la ciencia positiva. *Las multitudes* permite observar entonces a un Ramos Mejía menos definidamente positivista, no tanto porque asuma conscientemente una postura crítica frente a sus viejas convicciones (por el contrario, como advierte Ingenieros, su reiterada profesión de fe contrasta con el uso poco riguroso de los principios), sino porque se ve obligado a recurrir a otras ideas y conceptos para poder dar cuenta de la situación que lo circunda y del rol que atribuye a los intelectuales en ella.

Las multitudes y los "hombres carbono"

MIENTRAS transcurre ese año clave que para la historia argentina es 1880,⁵ Ramos Mejía redacta la obra que poco después publica bajo el título de *La neurosis de los hombres célebres* (1883), su primer aporte significativo a la reflexión sobre el pasado de la Argentina. Este particular recorrido por la historia se apoya en dos supuestos:

⁵ En 1880 se elimina por medio de las armas el último obstáculo para la consolidación del Estado nacional, obstáculo representado por la provincia de Buenos Aires. El general vencedor, Julio A. Roca, asume como presidente inaugurando un nuevo régimen político. La importancia de este hito en la historia argentina puede advertirse, por ejemplo, en la denominación de un conjunto de intelectuales (signados por el poder roquista) como la "Generación del 80", de la cual Ramos Mejía forma parte. Una excelente mirada sobre este clima de ideas en Halperín Donghi (1987).

en primer lugar, la noción de que los individuos son los actores privilegiados de la escena histórica y que, por lo tanto, la magnitud de la importancia de un personaje se encuentra en relación directa con sus aptitudes personales (incluyendo en ellas su grado de locura); en segunda instancia la idea de que la ciencia positiva, y en particular su variante médico-biológica, representa una herramienta adecuada y suficiente para poder explicar la suma de comportamientos individuales que constituyen la dinámica histórica. En este marco, el tejido de la trama del pasado argentino es reducido a las acciones de un conjunto de personalidades patológicas.

En el capítulo dedicado al pueblo de Buenos Aires durante el gobierno de Rosas hace su aparición la sociedad construida como la yuxtaposición de sus componentes singulares: la patología "social" es resultado de la suma de las patologías individuales. Para hacer comprensible este pasaje de lo singular a lo plural, Ramos Mejía apela a la categoría médica del "contagio" transformada en teoría e hipótesis histórica. Un fenómeno social definido en términos de contagio permite ofrecer una imagen colectiva con un alto grado de homogeneidad, pero tiene a su vez como premisa no trascender la noción individualista de la historia. La patología (neurosis o locura) implica, en cada una de las personas que se suma para dar lugar a la sociedad, la pérdida de las propiedades racionales del hombre tal como las ha cristalizado la concepción iluminista; la ausencia de la razón no atenta contra el dogma, sino que es signo de una desviación anormal del ser físico y psíquico natural del ser humano.

Nada hay más alejado de lo metafórico que estas categorías de "neurosis" y "contagio". El uso de la medicina le permite a Ramos Mejía ofrecer una explicación de la realidad histórica que, más allá de su simpleza y sus debilidades intrínsecas, se manifiesta como muy segura de sí misma y de su correspondencia con la realidad. Posiblemente esta seguridad se vincula con la que ofrece la percepción del escenario que lo circunda: si ya por entonces eleva su mirada hacia aquellas zonas de la sociedad que se resisten a adecuarse al sistema, estas desviaciones todavía son comprendidas con las herramientas de la ciencia positiva como anomalías o patologías sin que alcancen a cuestionar el cuadro global.⁶ En su obra de fin

⁶ La década del ochenta (por lo menos hasta la crisis económica y política de 1890), se caracteriza por un entusiasmo general por el rumbo de la sociedad, optimismo vinculado con la estabilidad política impuesta por el roquismo y con el alza económica resultado de un ciclo ascendente del modelo agroexportador.

de siglo, Ramos Mejía no sólo considera necesario seguir prestando atención a las cada vez más evidentes fisuras del proceso que veinte años antes despertaba un entusiasmo menos propenso a las críticas, sino que los instrumentos un tanto toscos de su positivismo médico ya no le resultan suficientes a la hora de comprenderlas y diseñar alternativas.

Un primer signo de este viraje es la dificultad de ofrecer un cuadro coherente sosteniendo como único punto de partida la interacción entre individuos: los actores de la historia ya no pueden ser definidos en relación a la yuxtaposición de microcosmos singulares; del mismo modo, la noción médica de lo "social" deja paso a una concepción más claramente cultural y moral. *Las multitudes* representa una particular vuelta de tuerca que acerca el pensamiento de Ramos Mejía a una visión más específicamente histórica o sociológica de la realidad, concepción que —y es éste probablemente el punto más destacado— difícilmente pueda describirse como la aplicación mecánica de los postulados del positivismo. En efecto, la obra de Le Bon influye en Ramos Mejía y, fruto de este entusiasmo, invierte por completo su anterior modo de observar la realidad:

Hemos vivido creyendo más en la acción personal de los grandes hombres, que en la de las multitudes, cuyo perfil, por cierto bien vago y difuso en nuestros libros y leyendas, apenas se dibuja en las raras obras de algunos historiadores; sin embargo, de que en ciertas épocas, como en los primeros días del período revolucionario, fué soberana y omnipotente (p. 8).

La idea que Ramos Mejía tiene de la originalidad de su descubrimiento es algo exagerada. Autores como Mitre, Sarmiento o Alberdi, a pesar de sus diferencias, coincidían en sostener que la historia argentina supone un protagonismo ineludible de las masas populares como resultado de un particular ambiente local, a su vez derivado de la vinculación marginal con la metrópoli española o de la obra movilizadora de la Revolución. La clave democrática (en el sentido tocquevilleano de la palabra) opera como la llave de visiones del pasado y del presente que hacen del descubrimiento de Ramos Mejía un hecho menos original de lo que él mismo creía. En rigor, lo que aporta su nueva categorización es que esta definición del devenir histórico motorizada por un actor colectivo se apoya en la oposición tajante entre las características de ese conjunto plural y la noción de individuo que desde el iluminismo se ha transformado en lugar común. Ramos Mejía no sólo advierte la necesidad de

pensar en términos de actores colectivos, sino que también postula cómo los atributos de este actor se oponen por completo a los del individuo racional, sin que la desviación "neurótica" o "patológica" tranquilice su visión general de la sociedad y de la historia.

Su uso de la categoría de multitud responde sólo en parte al modelo de Le Bon: si para éste la multitud es pensada como un particular estado psicológico colectivo al que puede ingresar cualquier persona, para Ramos Mejía el acceso a este estado no es patrimonio de todos los individuos, sino sólo de un conjunto específico de personas. Por esta razón su noción de multitud se va deslizando de la definición de un estado a la de un sujeto, impresión que se confirma cuando se constata la presencia de un recorte social (incluso clasista) de quienes se encuentran especialmente predispuestos a formar multitud:

En determinadas circunstancias, una reunión de hombres posee caracteres nuevos y distintos de los que individual y aisladamente tiene cada uno de ellos. Por una especie de abdicación de la personalidad consciente, que desaparece, diremos así, diluida y transformada, los sentimientos y las ideas de todos tienden a ponerse a un mismo nivel y diapason, a caminar en una misma dirección (p. 8).

En este párrafo (no casualmente seguido por una extensa cita de Le Bon) se expone la teoría de la multitud como estado; se trata de la descripción de una situación psicológica especial, estrechamente relacionada con la presencia de circunstancias particulares y, en consecuencia, transitoria. El objetivo es dar cuenta de ciertos comportamientos puntuales asociados con la presencia de un grupo de individuos que se convierte en un conjunto imposible de ser observado como la mera yuxtaposición de sus componentes. El colectivo adquiere un carácter homogéneo por medio de la imposición de un espíritu o alma común, que supone el necesario abandono de los atributos que distinguen a cada uno de los miembros en tanto sujetos individuales. Las multitudes no se estructuran con base en la razón particular, ni tampoco de acuerdo con la suma de intereses privados: sus elementos constitutivos son las intuiciones, las pasiones, los sentimientos, el ímpetu, condensados en la "idea fuerza", expresión de todos estos contenidos en una figura ideal única, sencilla y contundente, capaz de motorizar la formación de la multitud y llevarla detrás de las empresas más arriesgadas. Su carácter heroico o siniestro determina la naturaleza ética de la multitud: se trata de

la única vía mediante la cual es posible definir una moral de la multitud que es, en sí misma, absolutamente amoral. Cuando la idea-fuerza es la independencia, da lugar a las multitudes "positivas" que hacen la revolución; cuando es la tiranía, a las "negativas" que hacen a Rosas. La inexistencia de una idea-fuerza es la causa de la ausencia de multitudes en el presente de Ramos Mejía.

Según este esquema, la noción de contrato, que desde el siglo XVIII es la clave para pensar al mismo tiempo un universo de individuos atomizados y una sociedad sin prescindir de la actitud racional de sus componentes—, desaparece para dar paso a la idea-fuerza como causa inconsciente e irracional de un amplio espectro de comportamientos sociales. La naturaleza de un colectivo así conformado responde a los caracteres que hacia fines de siglo Ramos Mejía —entre otros— atribuye al espíritu femenino: es impresionable, veleidosa, inconsciente, fógosa, amante de las sensaciones violentas; la multitud "es poco inteligente, razona mal, pero imagina mucho y deforme" (p. 12).

Pero no sólo la multitud en tanto colectivo indivisible reúne estos caracteres:

El verdadero hombre de la multitud ha sido entre nosotros el individuo humilde, de conciencia equívoca, de inteligencia vaga y poco aguda, de sistema nervioso relativamente rudimentario e inadecuado, que percibe por el sentimiento, que piensa con el corazón y a veces con el vientre: en suma, el hombre cuya mentalidad superior evoluciona lentamente, quedando reducida su vida cerebral a las facultades sensitivas (p. 13).

Es a partir de esta fórmula que Ramos Mejía se distancia del modelo avanzado por Le Bon, en tanto considera que los potenciales miembros de la multitud no alcanzan a la totalidad de los individuos. Por el contrario, al afirmar que sólo lo son aquellos que ya llevan en sí algunas de las características de la multitud formada, transgrede por completo el mecanismo de razonamiento de su mentor europeo: si éste intentaba explicar ciertos comportamientos sin quebrar definitivamente el paradigma individualista del hombre racional,⁷ Ramos Mejía postula la existencia de personas cuyas ca-

⁷ Para Le Bon, los salvajes, las mujeres y los niños quedan fuera del cuadro ideal de la evolución: por esa razón cuando se sostiene que su reflexión sobre la multitud no lo lleva a conformar una noción diferente del ser humano, la referencia alude al varón adulto y occidental. Una vez realizada esta advertencia, puede recordarse que esta afirmación de Le Bon debe mucho a los avances de la psicología en el es-

racterísticas difieren por completo de este modelo. No se trata ya de entender las conductas desviadas en términos de patologías (dejando entonces incólume al individuo en el espacio de la normalidad), sino de elaborar un cuadro en el cual la noción abstracta de "el hombre" deja paso a una distinción en términos de grupos naturalmente diversos.

Estos grupos, aunque de un modo muy vago e impreciso, son también identificables desde un punto de vista social: los humildes, dice en esta cita; más adelante dirá el pueblo, la masa popular, la clase social pobre. Puesta en estos términos, la multitud deja de ser considerada como un estado psicológico para remitir a un grupo social cuyas características, entre las cuales se encuentra una particular predisposición para la vida y la acción colectiva, se destacan frente a las de otro sector. Ya no se trata de un estado transitorio sino de la descripción de una característica constante. Mientras que para *Le Bon* el mecanismo evolutivo normal (el que da lugar al varón adulto occidental) no es quebrado por la presencia de multitudes, los potenciales componentes de la multitud argentina, según la visión de Ramos Mejía, lo son precisamente por el modo en que se asocian con la animalidad al tiempo que se alejan del umbral evolutivo de la civilización. La metáfora del "hombre carbono" encuentra así su sentido más profundo: al igual que este elemento básico de la química orgánica, estos hombres, ajenos a la razón y socialmente definidos, arrastran la ineludible necesidad de combinarse entre sí. El hombre carbono, irracional y gregario es, en definitiva, la antítesis del solitario hombre microcosmos.

Las multitudes y la historia: hipótesis y sentidos

EL uso del tiempo histórico en *Las multitudes* es siempre ambiguo: si por un lado el principio evolutivo lleva a exponer el paso de la multitud desde el estado "infantil" a su versión madura y acabada como un progresivo acercamiento a los rasgos que la definen como tal, los procedimientos narrativos transforman a la multitud

tudio del inconsciente a partir de los cuales puede postular la existencia de perfiles humanos que no se ajusten a una racionalidad estricta. No es casual que *Le Bon* utilice la hipnosis (otra moda de la época) como metáfora del estado de multitud: si lo ayuda a pensar una instancia donde el control racional se pierde, también le permite explicar su carácter transitorio y acotado frente a la matriz racional del individuo.

en un factor omnipresente y siempre igual a sí mismo.⁸ En efecto, Ramos Mejía recurre a características formales que evocan el relato de la picaresca clásica a partir de las cuales esta multitud invariable funciona como el único vínculo de unión e identidad a lo largo de una historia construida como la sucesión de episodios distintos, cerrados en sí mismos. En esta estructura, que deja entrever una visión de la historia como sucesión de momentos inconexos, sin relación directa entre sí, la explicación evolutiva desaparece o (como sucede en el primer episodio titulado "La revolución")⁹ sólo se aplica en el interior de una de sus etapas. Esta visión de la historia torna comprensible que Ramos Mejía no vea como un problema de la obra los saltos abruptos que se producen entre cada una de las etapas, particularmente profundo en el caso del pasaje de la tiranía (segundo episodio) al fin de siglo (tercer episodio). En tanto adolece de cualquier preocupación por los pasajes, por el acontecer —aun de un acontecer concebido dentro del paradigma evolutivo del progreso— la construye sin continuidades o rupturas.

La sucesión de hechos no es para Ramos Mejía una narración inteligible en el interior de un tejido temporal tramado a partir de alguna concepción causal sino que es la manifestación puntual de momentos saturados de sentido: cada dato relevado se ubica en un cuadro donde, más que acontecer, significa. Esto no es óbice para que Ramos Mejía se entretenga en largas narraciones de anécdotas que muchas veces no eluden el gusto por el pequeño acontecimiento y el detalle (el más claro ejemplo es, sin duda, la extensa descripción de los acontecimientos de la segunda invasión inglesa). Sin embargo, la narración histórica tiene siempre un único fin: operar como una puesta en escena enfática, cargada de imágenes y rica en metáforas y adjetivos de inspiración modernista, de las grandezas y miserias —en fin, del protagonismo— de la multitud. Si la multitud es el eje de la historia, la narración es el marco, más épico que novelesco, de sus acciones. Esta actitud explica no sólo la

⁸ "Mueren los hombres, se transforman los sistemas, surgen y desaparecen las formas de gobierno, pero la revolución no sigue ningún paralelismo con ellos: la multitud argentina es quien la representa y la encarna, y la realiza hasta desagotarse en el primer periodo de su misma vida que realiza otra obra de grandeza brutal e infecunda: la anarquía, Rosas, y las tiranías satélites" (p. 101).

⁹ *Las multitudes* estructura su relato a través de tres episodios: la revolución (centrada en la ruptura revolucionaria de 1810 y las guerras de independencia), la tiranía rosista y el fin de siglo (momento contemporáneo de la escritura).

precaria relación de Ramos Mejía con las fuentes (cuyos rasgos ha marcado y contextualizado Halperín Donghi 1954), sino también cierta despreocupación manifiesta por verificar la fidelidad de algunos datos concretos: “Un día del año 1840 (no recuerdo fijamente cuál), un juez...” (p. 148). “De dónde venía o a dónde iba, no lo recuerdo bien, ni hace al cuento...” (p. 159).¹⁰

No se trata sólo de advertir que Ramos Mejía desconoce algunos hechos, sino fundamentalmente de mostrar la forma en que pone en escena estas ausencias. Lo que “no hace al cuento” es aquello que nos sirve para cambiar el énfasis sobre el protagonismo de la multitud. El relato histórico sólo tiene sentido en tanto cumple con este objetivo y, por lo tanto, se trata de un relato disparejo: a la atención detallada por un acontecimiento determinado, sucede la resolución elíptica de muchos otros que, según parámetros muy difundidos en la época, podrían ser considerados de mayor importancia. Arrastrado por la fuerza de una hipótesis que sostiene que son las multitudes las que hacen la historia que vale la pena recordar y narrar, configura un actor que, como el pícaro clásico, se transforma en el único elemento de continuidad temática de una historia que, de otro modo, sería sólo una suma de relatos sin sentido. Tal vez es por esta razón que resulta sorprendente advertir que el tercer episodio se define por la ausencia —ausencia sentida, por cierto— del protagonista; sin embargo, incluso ausente, la multitud sigue siendo protagonista.¹¹ Volveremos sobre este punto.

Junto al protagonismo de las multitudes, Ramos Mejía encuentra otros dos elementos creadores de sentido histórico: la nación —que también será analizado más adelante—, y la ya tradicional dicotomía campo/ciudad, cuya importancia, en este caso, se traduce en ser la única descripción del origen concreto de los componen-

¹⁰ La anécdota se refiere a un fenómeno de ilusión colectiva sucedido a bordo de la fragata *La Belle Poule* mientras realizaba la búsqueda de la corbeta *Le Berceau*, perdida en el mar durante una travesía. El episodio es extraído por Ramos Mejía del libro de *Le Bon* (que a su vez lo toma de una revista francesa), sin embargo, mientras que *Le Bon* en ningún momento da importancia a las lagunas de su relato, Ramos Mejía, que podría haber imitado su actitud, prefiere en cambio exhibir su desconocimiento del dato.

¹¹ “La multitud argentina poseía la naturaleza del protoplasma; muerta y consumida, cualquiera de las partes que quedaba, tenía el depósito de la vida y seguía funcionando y representando la encarnación del pensamiento o del sentimiento matriz de la emancipación” (p. 132).

tes sociales de las multitudes¹² y que funciona como explicación del salto del periodo revolucionario al de las tiranías.¹³ En efecto, mientras que las multitudes de las ciudades mueren o pierden su carácter de tales disciplinadas por los ejércitos libertadores, las rurales, ajenas por completo a la guerra de independencia, pasan a ocupar el primer plano de la política local. Mediante este desplazamiento, Ramos Mejía introduce en su relato la problemática de los caudillos y la anarquía inaugurada en el año veinte.

El paisaje rural pampeano es la manifestación extrema del vacío cultural: si en general la multitud es vista como lo opuesto al hombre evolucionado, en ningún momento esto se hace más evidente que al referirse a la multitud rural. El antecedente sarmientino le ofrece la seguridad de una idea que ya es tópico, a la que Ramos Mejía adorna con su lenguaje "científico-evolucionista":

La naturaleza reclama al hombre y lo restituye a su seno, por ese vivir fraternal con sus inferiores zoológicos, de cuyos desenvueltos instintos, toma su estrategia contra la civilización hostil, y cuyo sentimiento de libertad sin control, se asimila pronto por una tendencia animal, que domina en su ser (p. 167).

El ambiente rural retrotrae al ser humano a una lógica cercana a la naturaleza: por un lado gana en vigor físico y resistencia (que a su vez se acentúa por efectos de la selección natural), en espíritu aventurero y en libertad; por otro, pierde toda vinculación con la sociabilidad civilizada, con la cultura:

No habiendo costumbres, en el sentido civilizado de la palabra, ni control social ni nada que se le pareciera, la promiscuidad y el desorden, no por libertinaje, sino por ignorancia, debía ser grande necesariamente (p. 138).

En el enmarañado suelo de las cuales no había penetrado jamás las leyes ni las autoridades civiles del régimen colonial... bajo esa atmósfera depresiva, degradada de costumbres, incierta la propiedad, temblorosa e inerme la

¹² De cualquier modo la referencia es muy vaga, pero, más allá del evidente uso de un tópico que es más ideológico que descriptivo, es la única que alude a un elemento social concreto en el origen de la multitud. Ramos Mejía no traslada a su obra la preocupación de Le Bon por compatibilizar su categoría de multitud con otra típicamente positivista como la de raza, como así tampoco la categorización de "homogéneas y heterogéneas" que el francés utiliza para distinguir a las multitudes cuyos orígenes sociales son más o menos similares.

¹³ Obsérvese que el pasaje de la revolución a la tiranía no supone la variación del elemento de continuidad "multitud", sino la aparición de una nueva cuya evolución había sido simultánea a la de la multitud urbana, pero nunca se había cruzado con ella.

familia, si familia podía llamarse aquel vivir irregular de la poligamia pampeana, se había extinguido, poco a poco, todo destello de civilización y de orden (p. 136).

Su vigor animal explica la fácil victoria sobre las multitudes urbanas agotadas por el esfuerzo de la revolución y la guerra de independencia. La habilidad de Rosas para sintetizar ambas multitudes, por una parte explica su permanencia en el poder durante largos años y, por la otra, es —para Ramos Mejía— su principal virtud. En efecto, a través de esta operación Rosas introduce a las multitudes rurales, que hasta ese momento evolucionaban paralelamente a las urbanas ya que “eran como otro país, como dos razas distintas que se ignoraban las unas a las otras” (p. 137), en el espíritu de la nación. De este modo, acaba con el vacío cultural para potenciar el factor clave para el desarrollo global de la Argentina: como en el caso de las multitudes, el régimen rosista es contemplado de un modo que no se limita a enumerar sus aspectos negativos, por el contrario, cumple una función fundamental para la conformación de la nación.¹⁴

Los otros hombres

A PESAR de la saturación de la historia por las acciones de la multitud, Ramos Mejía reserva zonas de su esquema en las cuales puede exhibir una más clásica concepción individualista. En efecto, junto a la multitud, define otro tipo de actor colectivo, al que llama “grupo”, cuya importancia radica en que se trata del sujeto que, con su presencia, caracteriza la apertura y el cierre del ciclo narrado:

El hecho fundamental de la psicología de *grupo*, es que el individuo conserva su personalidad, no se ha verificado todavía la operación mental que funde su voluntad dentro de la masa colectiva. El grupo tiene algo de contrato bilateral por las recíprocas y voluntarias concesiones que se hacen sus asociados para un objetivo fijado de antemano, y sin abdicar su autonomía. El *grupo* delibera y la *multitud* no; porque procede por impresiones y reflejos. En el primero, la mutua desconfianza pone vigilante la voluntad y la enardece, por eso el individuo conserva su relativa independencia. En el *grupo*, la vinculación está en la analogía de propósito, cualquiera que sea la heterogeneidad de su

¹⁴ “Este periodo de nuestra evolución tiene ese *mérito*, o mejor dicho, esa característica política: incorpora considerables masas al sentimiento de la nacionalidad a que eran ajenas hasta entonces”.

organización moral, mientras que en la multitud es la semejanza de estructura mental más que la mancomunidad de los fines lo que los atrae entre sí (p. 37).

El grupo no constituye un sujeto por oposición al individuo; por el contrario, es resultado del mecanismo de razonamiento mediante el cual, y según diferentes variantes, el pensamiento moderno concibe la sociedad a partir y a favor del individuo. En este sentido, es reveladora la claridad con que se despliega la noción contractual como explicación del origen del grupo en la cual el contrato supone la delegación de una parte de la libertad personal como acto voluntario, racional y sujeto a fines que permiten la aparición y subsistencia del grupo. La desconfianza y el estado deliberativo suponen la extensión de estas características a la vida misma del actor colectivo: el individuo al formar el grupo, lejos de enajenarse y modificar sus cualidades, las potencia y mejora su desarrollo. La actitud vigilante es la prueba del "egoísmo", elemento central de una de las variantes de la imagen de una sociedad contractual. Sin embargo, en *Las multitudes* se desliza un problema que anticipa una desviación de este modelo: el grupo es al mismo tiempo una entidad en sí y una etapa en la evolución de los comportamientos hacia un estado de multitud. Este doble papel es importante ya que para Ramos Mejía el estado de "grupo" es el que caracteriza a su propio tiempo y, en tanto el "alma" de la multitud no se encuentra constituida, queda habilitada la posibilidad de "dirigir" este proceso en un sentido positivo.

En un texto que postula la centralidad de la multitud como agente de la historia, cabe interrogarse acerca del modo mediante el cual se describe el lugar de los individuos destacados que, si bien han dejado de ser el eje, no desaparecen del relato. Ramos Mejía transita por diferentes alternativas que buscan siempre vincular el papel de los individuos "destacados" con las acciones de la multitud. Un primer conjunto lo forman personajes como Liniers o Belgrano que, aunque han sobresalido en determinados momentos de la historia, son figuras más bien débiles, en tanto no provienen de la multitud ni son capaces de dominarla desde afuera. Un segundo grupo está compuesto por "los hombres que proceden de ella, y son en toda su psicología, su expresión genuina, una proyección individual de su alma y de su genio" (p. 8), al cual pertenecen personajes como Berutti, Castelli o Güemes. Un tercer conjunto es el de "los dominadores de la multitud, los que, surgidos o no de ella, han tenido calidades de cierto orden que les ha permitido dominarlas, dirigirlas y a veces transformarlas" (p. 8), en el cual el

caso más significativo de caudillo dominador surgido de la multitud es el de Rosas; otro, truncado por la muerte, podría haber sido el de Moreno.

Sin embargo, en el esquema global del texto es importante destacar la posible existencia de un dominador exterior. La importancia de la concepción de los "hombres carbono" puede inferirse tanto por lo que incluye como por lo que excluye. En efecto: si en este razonamiento pueden describirse personas cuyo ingreso en la multitud se ve anticipado por la posesión de caracteres similares a aquellos que desarrollará en su condición de miembro del colectivo, se abre al mismo tiempo la posibilidad de postular la existencia de otros que, por oposición, se encuentran fuera de esta categoría. La importancia de esta especulación reside en que el mismo Ramos Mejía se ubica en este segundo grupo, y en que la propuesta de intervención sobre la realidad que contiene su texto se desprende de este posicionamiento inicial:

Los apáticos, los temperamentos apagados, o los que con razón suficiente para asegurarse la independencia del espíritu no dejan predominar al sentimiento, los que viven del pensamiento y bajo el influjo de propias o ajenas convicciones intelectuales, no son por lo general sujetos de multitud (p. 80).

Este grupo de personas ajenas a las multitudes (eje dinámico de la historia), que al mismo tiempo puede dominarlas, ofrece a Ramos Mejía el camino para pensar su propio papel en la sociedad. Antes de desarrollar este punto, resulta necesario detenerse en los mecanismos de análisis que permiten observar esa realidad social.

Los límites de la razón positiva

DECLARATIVAMENTE, para Ramos Mejía la ciencia positiva sigue siendo la herramienta fundamental para describir y comprender la realidad. En *Las multitudes* esta devoción se manifiesta no sólo en algunos intentos por aplicar sus conceptos, categorías y modos de razonar, sino también en un curioso uso de la ciencia como recurso de estilo. En efecto: si es previsible toparse con herramientas conceptuales que remiten al evolucionismo o al organicismo (cuyos límites explicativos ya hemos avanzado), es sorprendente el uso metafórico que Ramos Mejía realiza de la mayor parte de sus referencias científicas. El mecanismo habitual consiste en comparar una afirmación específica sobre la multitud o la historia argentina

con algún aspecto de la física, la química o la biología, que puede incluir (y por lo general lo hace) una cita erudita. Lo verdaderamente notable es que estas comparaciones tienen una función ilustrativa más o menos eficaz, pero no agregan absolutamente nada al razonamiento explicativo, a punto tal que el texto podría prescindir de ellas sin pérdida.

Sin embargo, esto último es verdad sólo en parte. Si es cierto que no sirven como explicación, la saturación de referencias científicas (que no son ni tan abundantes ni tan "metafóricas" en sus textos anteriores) cumple otras funciones fundamentales. En primer lugar, estas figuras saldan en parte un debate importante, puesto en el orden del día por el positivismo, como es el *status* científico de las ciencias sociales, y en particular de la historia. Dado que Ramos Mejía sostiene explícitamente que no existe una distancia estructural entre las ciencias biológicas y la historia, una forma de demostrar esta correspondencia es la posibilidad de comparar razonamientos que provienen de ambas disciplinas: si resiste la comparación, la historia es ciencia. La segunda función apunta a construir un efecto de reconocimiento: para un lector (y ¿por qué no? para el mismo autor) habituado a las formas del pensamiento positivista, el juego de metáforas tranquiliza la relación con un texto que viola estos principios y se interna en tramas poco afines a ellos. Las recurrentes metáforas científicas reinstalan al libro en un universo habitual y conocido; sin importar su contenido, generan un efecto de verosimilitud que no sólo remite a la historia como ciencia, sino también al razonamiento de Ramos Mejía sobre ella.

El uso metafórico marca un cambio con respecto a las obras anteriores donde, en tanto la racionalidad positiva alcanzaba por sí misma para explicar la realidad, no parecía necesario saturar los textos con figuras retóricas: en su obra de 1880, la patología neurótica opera como una explicación y no como una metáfora. Esta actitud explícita la perplejidad que genera en Ramos Mejía el uso de nuevas categorías y modos de concebir la realidad, perplejidad que no alcanza para destronar de un modo explícito y consciente sus convicciones positivistas. En efecto, de la lectura de *Las multitudes* se desprende un universo donde las reglas de la razón ya no imperan o, por lo menos, donde su imperio es compartido con elementos antitéticos. Ya no se trata de considerar lo diferente como el resultado de una simple patología, como sucede en *Las neurosis*; en este caso lo diferente ha sido naturalizado.

Este registro es significativo en cuanto se advierte la magnitud de la diferencia:

[Las multitudes son] impresionables y veleidosas como las mujeres apasionadas, puro *inconsciente*; fogosas, pero llenas de luz fugaz; amantes ante todo de la sensación violenta, del color vivo, de la música ruidosa, del hombre bello y de las grandes estaturas; porque la multitud es sensual, arrebatada y llena de lujuria para el placer de los sentidos. No raciocina, siente. Es poco inteligente, razona mal, pero imagina mucho y deforme; todo lo quiere grande, ampuloso, porque vive en un completo gongorismo moral (p. 12).

Las cualidades, tanto de la multitud como de cada uno de sus miembros, se definen a partir de un grupo de giros absolutamente significativos: impresionables, veleidosas, fogosas, sensitivas, belleza, colores vivos, música ruidosa. Estas categorías, que rigen el comportamiento de un alto número de personas, se vinculan estrechamente con los movimientos estéticos y filosóficos que surgen de la crisis —y en contra— del naturalismo y el positivismo; en efecto, no es difícil reconocer en ellos los gritos de batalla del espiritualismo, el impresionismo, el modernismo y el decadentismo. Los sentidos y las percepciones son creadores de convicciones y comportamientos por su capacidad de materializar ideas que, en su versión abstracta o racional, nunca podrían ser conocidas por los hombres carbono:

Los hombres altos y esbeltos como Rosas, producen en la imaginación popular una idea más completa de la magnitud y de la grandeza. En este caso la percepción de formas, como la suya, más que emociones estéticas [para Ramos Mejía artísticas en un sentido restringido] les sugiere la idea de lo grandioso, del vigor, de lo sublime (p. 173).

Para las multitudes (nuevamente asimiladas a lo popular) las ideas no son sino una reacción de los sentidos ante experiencias perceptivas intensas. Se llega a conocer lo grandioso o lo sublime no como manifestación de un acto de racionalidad y transmisión simbólica, sino como un acto de intuición y percepción impresionista:

No es cuestión de inteligencia; nada tienen que ver en ellos las facultades superiores del pensamiento; es el instinto de las cosas el que los hace ir en un sentido o en otro, obedeciendo más pronto que los otros, al impulso de las fuerzas que los lleva a su destino, porque falta la inteligencia directora y sobra la sensibilidad, que es ciega y dominadora; porque sobra el *instinto* y falta la conciencia (p. 80).

No debéis buscar ni inteligencia, ni razón, ni nada que tenga algo que ver con el quieto y sereno raciocinio, que es el privilegio del hombre reflexivo: es puro instinto, impulso vivo y agresivo... (p. 9).

Ramos Mejía, considerado el más claro exponente local del saber positivo, apoya una teoría según la cual un grupo amplio de la población conoce a partir de conceptos que no derivan de la razón sino del instinto.¹⁵ La atención que pone en este conjunto de tópicos —manifestación de la crisis de las convicciones positivas— que circula con fuerza hacia fines de siglo, le permite prestar atención a una problemática que, como señala Halperín Donghi (1954), representa una de sus observaciones más perspicaces y originales sobre el régimen rosista. En efecto, la importancia que el Rosas de Ramos Mejía otorga a la teatralidad de su imagen (lo que compondría una versión casi decadentista de la preocupación por el efecto visual), lleva al autor a analizar el papel de la propaganda como forma de creación y recreación de un consenso que, por esta razón, no parece *a priori* del todo garantizado. En *Los simuladores del talento* (1904) un Ramos Mejía bastante más pesimista terminará ofreciendo una versión absolutamente negativa de la publicidad y del saber derivado de la sensualidad de la imagen, en una impugnación que alcanzará en parte a la construcción de un campo periodístico comercial y moderno. En cambio, en *Las multitudes*, se hace cargo de lo extraño que pueden sonar estas hipótesis para sus propias convicciones positivas, pero sin renunciar a ellas:

Diríase tal vez que doy demasiada influencia al físico y a las cosas de pura impresión sensorial, como elemento de sugestión, pero la verdad es que en la psicología colectiva ese factor es indudablemente de trascendental importancia... todo lo que sea materialización grandiosa de una idea, un sentimiento o un instinto, es de una viabilidad sorprendente en la imaginación artera de las muchedumbres meridionales (p. 175).

Más allá de una filiación con el positivismo que nunca es explícitamente abandonada, Ramos Mejía reconoce que amplias zonas de lo real no se ajustan a los postulados de esta razón y, en diferentes momentos, la lógica de los sentidos se desliza imperceptiblemente de la realidad observada a su propio cuadro explicativo. Un ejemplo es lo que podría llamarse la tesis estética de la popularidad de Rosas: la capacidad de este caudillo para transformarse en el máximo dirigente, además de residir en su vinculación simultánea con

¹⁵ Ramos Mejía retoma en este punto una idea que se está transformando en la mayor impugnación al conocimiento positivo y que tiene en Nietzsche y tendrá en Bergson a dos de sus máximos exponentes.

el campo y la ciudad, se apoya en la belleza de sus rasgos físicos. Señala:

La apostura estatutaria de gran histrión, caballero en sus magníficos corceles de sangre indígena y elegidos con hermenéutica impresionista; la cara ligeramente tostada, puesto que según una que llamaremos *paradoja* dermatológica, las pieles albas se queman difícilmente, los ojos claros, bellísimos, pero de una mirada penetrante e inquisidora, resaltando vivamente bajo la sombra suave de unas arcadas superficiales prominentes, como las de Apolo de Belvedere (p. 174).

Poco importa la mayor o menor precisión de la hipótesis que relaciona la debilidad política de Facundo Quiroga con su aspecto físico poco agradable;¹⁶ interesa, en cambio, que Ramos Mejía cree posible que esta cualidad estético-impresionista resulta suficiente para explicar un fenómeno sociopolítico.

*A la búsqueda de una nueva 'idea-fuerza':
la nación como sentido moral*

LA existencia de una realidad diferente, que debe ser explicada con nuevas herramientas, no se traduce como un dato intrínsecamente negativo. Por el contrario, la multitud aparece no sólo como el actor central de cualquier historia que merezca ser contada, sino también, por ausencia, como la causa de buena parte de los males contemporáneos que preocupan a Ramos Mejía. La multitud es objeto de deseo de quien se siente naturalmente excluido de ella y que, sin embargo, sabe que sin su presencia es imposible pensar en grandes causas. A partir de esta paradoja se desprende su visión sobre los mecanismos adecuados de intervención en la sociedad y el papel que debe desempeñar como miembro de una nueva élite.

El diagnóstico de los males contemporáneos se condensa en el lugar central que el *burgués aureus* ocupa en la sociedad argentina finisecular: este tipo humano, expresión acabada del retraimiento individualista sobre el interés particular, estructura una sociedad fenicia y carente de virtud. No es necesario recordar cuánto debe esta imagen a las perplejidades derivadas de la experiencia de la inmigración y del ascenso social; más importante resulta advertir que se trata de una problemática asumida a lo largo del siglo XIX tanto

¹⁶ "Porque Quiroga, con todo el prestigio de su valor y de su vitalidad prehistórica, era grueso, con poca estatura y peludo en proporciones casi simiescas" (p. 174).

por el liberalismo como por el pensamiento de matriz romántica y conservadora. En la Argentina, esta preocupación muestra hasta qué punto muchos intelectuales de fin de siglo se apartan aceleradamente de la confianza que cincuenta años atrás Juan B. Alberdi depositara en la construcción de una sociedad a partir de un sistema normativo que, mientras ofrecía un sinnúmero de libertades en el ámbito de la sociedad civil, apartaba a estos mismos individuos de la vida política. En efecto, quienes se identifican como reformistas —y otros que sin necesidad de identificarse como tales advierten la necesidad urgente de implementar cambios— coinciden en determinar que una de las causas fundamentales de las sucesivas crisis del sistema político responde a la escasa relación existente entre los mecanismos formales de representación y los sectores de la sociedad con intereses concretos que defender. En el marco de un sistema electoral que desde 1853 reconoce el sufragio universal optativo, la cuestión es cómo hacer para que un amplio universo de sectores medios propietarios se incorporen a las prácticas electorales, hecho que redundaría no sólo en una mayor legitimidad de los sucesivos gobiernos y en una posible renovación de las élites políticas, sino fundamentalmente en el factor moralizador por excelencia de una política a la cual la clase dirigente y sus clientelas plebeyas han transformado en una práctica violenta y facciosa.¹⁷ El reformismo aportará sucesivas respuestas, entre las cuales no se excluye la apertura de los derechos políticos a los extranjeros con propiedades consolidadas, tendencia que es coronada con la sanción de la obligatoriedad y el secreto del voto en 1912. Si el secreto apunta a limar las aristas de un sistema que se reconoce a sí mismo como excesivamente venal, la obligatoriedad supone la implantación de la virtud por una vía compulsiva. En *Las multitudes* Ramos Mejía ofrece su propia solución: alejado de toda preocupación por el diseño del régimen político, propone recrear un estado de multitud (en el cual, por definición, se abandona el interés particular) en función de una nueva idea-fuerza que ineludiblemente debe ser “la nación”. La multitud nacional es la contracara del *burgués aureus*.

¹⁷ La sintonía de Ramos Mejía con estas preocupaciones generales del momento, se expresan fundamentalmente en el capítulo final: “La patria, está hasta cierto punto dirigida por fuerzas artificiales, por tres o cuatro hombres, que representan sus propios intereses (nobles y levantados en alguno), pero pocas veces tendencias políticas, económicas o intelectuales de la masa” (p. 201). La artificiosidad, que se materializa en la política de comité, sólo puede ser superada por la consolidación de una nueva idea-fuerza.

Esta nueva *virtus*, la nación como idea-fuerza, constituye una instancia esencialmente emocional que debe ser difundida y asimilada a través de los mecanismos sentimentales e intuitivos que dan forma al estado de multitud. Ramos Mejía comparte con el reformismo el optimismo sobre la posibilidad de llegar a este objetivo final y la convicción de que toca a los sectores más ilustrados y dirigentes el liderazgo de estos cambios; sin embargo, se separa de él por los contenidos irracionales que atribuye a los sectores objeto de su apelación. Aun cuando forma parte de su diagnóstico negativo, la mejora del sistema político no constituye la preocupación central de Ramos Mejía; la política aparece sólo como el escenario donde deben expresarse los valores y sentimientos vigorosos de una nacionalidad que es anterior al voto. La consecuencia de estas diferencias es la certeza de que la renovación no devendrá de una reforma electoral, sino de una mixtura donde, a la influencia del medio, se suma la educación:

Este *burgués aureus*, en multitud, será temible si la educación nacional no lo modifica con el cepillo de la cultura y la infiltración de otros ideales que lo contengan en su ascensión precipitada hacia el Capitolio. . Felizmente el medio es vigoroso y el *plasma germinativo* conservador. Bastaría ayudarlo un poco con una educación *nacional* atinada y estable, limpiar el molde donde ha de darse forma a las tendencias que deberán fijar el temperamento nacional (pp. 200 y 207).

La influencia del medio es un tema clásico que se adapta perfectamente al determinismo positivista, la educación, en cambio, ofrece un campo abierto a la voluntad y la acción humanas a través de la figura del educador. ¿Quién es este educador? La existencia de individuos que por su composición moral, racional y psicológica escapan a la categoría de potencial hombre de la multitud cobra aquí todo su significado: ellos son, precisamente, quienes deben lograr que la nueva idea-fuerza —el alma de la multitud del futuro— se construya positivamente a partir de la educación nacional. *Las multitudes*, al depositar en determinados personajes la capacidad de mantener su raciocinio y asegurar que éstos pueden dirigir a la multitud, rompe el origen azaroso que, según el esquema de Le Bon, caracteriza al conjunto de sentimientos y actitudes que conforma una idea-fuerza. El hombre que conserva naturalmente su ser racional, el intelectual, puede y debe guiar el alma de la multitud hacia el

espíritu nacional: este papel que Ramos Mejía reserva para sí mismo es una de las razones que explica su actividad como funcionario en favor de la "educación patriótica".¹⁸

Esta confianza en la función central de la educación para la construcción de una sociedad ideal podría emparentar a Ramos Mejía con la tradición sarmientina; sin embargo, en cuanto se observan detalladamente los elementos constitutivos de esta sociedad, las diferencias resultan substanciales y significativas dado que, en tanto los "hombres carbono" son distintos de la plebe sarmientina, el proceso de su educación es también diferente. La versión clásica de Sarmiento (expuesta en la introducción de un informe encargado por el gobierno chileno) se corresponde con la conocida postura contemporánea del republicanismo francés¹⁹ en la cual el descubrimiento de la necesidad de una educación masiva y popular se origina de la abrupta apertura de los derechos políticos a todos los varones adultos implementada como consecuencia de la revolución de febrero de 1848. Si en el imaginario republicano el derecho electoral supone la presencia anterior de un individuo racional e ilustrado, el bonapartismo se transforma en la prueba contundente de las consecuencias negativas de la inversión de esta ecuación: siendo imposible la vuelta atrás en favor de una restricción de los derechos electorales, la solución planteada es una rápida y amplia educación en favor de la construcción del ciudadano ilustrado. Esta situación de inversión del mecanismo ideal de ampliación de los derechos políticos es, para Sarmiento, la misma en los países hispanos de América luego de la crisis revolucionaria. Su visión optimista del papel de la educación responde a una certidumbre típicamente iluminista según la cual un conjunto de saberes impartidos desde una élite ilustrada hacia los sectores bajos de la sociedad llevará, tarde o temprano, a una igualación de todos los individuos en lo que constituye su atributo fundamental: el uso adecuado de la razón. Aunque puedan postularse diferencias de grado, la educación tiene como finalidad la igualación de todos los individuos, hecho que legitima, entre otras cosas, el acceso común a la ciudadanía. La

¹⁸ Ramos Mejía realiza una intensa labor como Presidente del Consejo Nacional de Educación entre 1908 y 1913. Cabe señalar que se trata de la misma administración nacional que reformará la ley electoral: incluso en este sentido su "educación patriótica" opera como una contracara del reformismo político.

¹⁹ Rosanvallón (1992). El viaje de Sarmiento, que se inició a fines de 1845 como delegado del gobierno chileno, incluyó varias ciudades de Francia; a su regreso Sarmiento compiló el informe (1849).

metáfora de la luz de la razón descendiendo siempre igual a sí misma a través de la trama vertical de la sociedad se ajusta en este caso a la imagen de la praxis educativa.

Ramos Mejía, en cambio, al definir a los hombres carbono como a seres naturalmente irracionales, considera que ninguna educación puede modificar esta situación ya que el saber racional es inaprehensible para el hombre de la multitud. Se trata, por el contrario, de controlar y transmitir (en un sentido moderno, manipular) un conjunto de prácticas y símbolos que comprendidos racionalmente por los emisores, sólo serán internalizados por los educandos en tanto impulsos sentimentales. Los saberes son diametralmente opuestos:

Es muy curiosa la manera como sabe las cosas de la vida, la ciencia de esa multitud; qué concepto alquimista y medieval posee de sus achaques, circunstancia que hace bizco su juicio elemental en la mayoría de las cosas. Más que nociones son supersticiones, que toma como verdades científicas. Peculiar ingenuidad que fácilmente prospera en el espíritu simple, cualquiera que sea su jerarquía social (p. 206).

El objetivo de esta educación es la internalización de la nación en tanto idea-fuerza: ya no se trata de equiparar a quienes sólo en principio se observa desde arriba, sino de estimular su limitada capacidad cerebral en favor de un conjunto de sentimientos que definen la nueva *virtus*. Mientras que la nacionalidad puede ser comprendida por los intelectuales (posibilidad que se pone en escena en la “comprensión” que de la historia pasada de la nación ofrece Ramos Mejía en el texto) para los hombres carbono es una emoción que los aparta de su condición de *burgués aureus* y los transforma en multitud. La *virtus* racional de la ciudadanía sarmientina es diametralmente opuesta a la *virtus* irracional de Ramos Mejía; por lo tanto, si el objetivo es diferente, también lo son los medios: por sobre los saberes generales ilustrados que se inician con la escritura y la lectura, Ramos Mejía enfatiza la existencia de una serie de mecanismos impresionistas que apunta a consolidar en las escuelas una parafernalia de símbolos y liturgia.²⁰

²⁰ Lilia Ana Bertoni, sin negar el impulso a estas políticas que realiza Ramos Mejía durante su paso por el Consejo, ha mostrado que la implementación de este tipo de actividades escolares no es exactamente una novedad. Sin embargo, este dato no cambia los argumentos sobre las ideas de Ramos Mejía. La visión optimista sobre la posibilidad de utilizar los contenidos irracionales e impresionistas de la multitud para conformar el alma nacional es abandonada en *Los simuladores del*

La imagen sarmientina de una educación centrada en la ciudadanía política y en una idea amplia y universal de los alcances de la racionalidad humana supone, por extensión, la concepción de una élite abierta y de límites poco rígidos. Para Ramos Mejía, la élite, encarnada globalmente en la figura del dominador de la multitud y específicamente en la del intelectual racional, se define a partir de la posesión de un conjunto de rasgos a la que sólo unos pocos acceden. A la noción política ilustrada de una dirigencia que se legitima a la vez por un saber que deben transmitir y por el ejercicio electoral de la soberanía popular, se opone otra absolutamente diferente, que puede incluir al mismo Rosas en su condición de dominador de la multitud.

Las multitudes constituye, entonces, una concepción que se ofrece como una respuesta posible al problema de la crisis del sistema político inaugurado por el roquismo y a los problemas culturales que plantea el acelerado crecimiento de la sociedad argentina. Esta respuesta no se limita a un conformismo avalado por la ciencia positiva —tal como sucedía hacia 1880 cuando el rígido marco impuesto por el roquismo parecía difícil de quebrar (Halperín Donghi 1987)— sino que propone una fuerte intervención sobre la sociedad. Lejos del fatalismo propio de una visión extrema del positivismo, compartiendo el clima de ideas que da lugar al reformismo político, y seducido por los nuevos tópicos del espiritualismo, el modernismo, el impresionismo y el irracionalismo, *Las multitudes* ofrece una visión del pasado argentino que debe mucho más a las preocupaciones por el presente que a la moderada reflexión académica sobre la historia.

BIBLIOGRAFÍA

- Bertoni, Lilia Ana, 1992. "Construir la nacionalidad: héroes, estatuas y fiestas patrias, 1887-1891", *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, núm. 5, 3a. serie.
- Clementi, Hebe, 1985. "José María Ramos Mejía (1849-1914)" en Hugo E. Biagini, comp., *El movimiento positivista argentino*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano.

talento, donde la circulación de la publicidad comercial que apela a los sentidos aparta irremediabilmente a los sectores populares del camino "sano".

- Halperín Donghi, Tulio, 1954. "Positivismo historiográfico de José María Ramos Mejía", *Imago Mundi, Revista de Historia de la Cultura* (Buenos Aires), núm. 5.
- , 1987. "1880. Un nuevo clima de ideas" en *El espejo de la historia. Problemas argentinos y perspectivas latinoamericanas*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Hobsbawn, Eric, 1989. *La era del imperio (1875-1914)*, Barcelona, Labor.
- Ingenieros, José, 1957. "Las multitudes argentinas", en *Sociología argentina* (1899), Buenos Aires, Elmer.
- Le Bon, Gustave, 1911. *Psicología de las multitudes*, Madrid, Daniel Jorro.
- Ramos Mejía, José María, 1956. *Las multitudes argentinas* (1899), Buenos Aires, Tor.
- , 1915. *Las neurosis de los hombres célebres en la historia argentina* (1893), Buenos Aires, La cultura argentina.
- Rosanvallón, Pierre, 1992. *Le sacre du citoyen. Histoire du suffrage universel en France*, París, Gallimard.
- Sarmiento, Domingo Faustino, 1949. *Educación popular* (1849), Buenos Aires, Lautaro.
- Soler, Ricaurte, 1968. *El positivismo argentino*, Buenos Aires, Paidós.
- Terán, Óscar, 1986. *En busca de la ideología argentina*, Buenos Aires, Catálogos.
- , 1987. *Positivismo y nación en la Argentina*, Buenos Aires, Puntosur.
- Vezzetti, Hugo, 1985. *La locura en la Argentina*, Buenos Aires, Paidós.